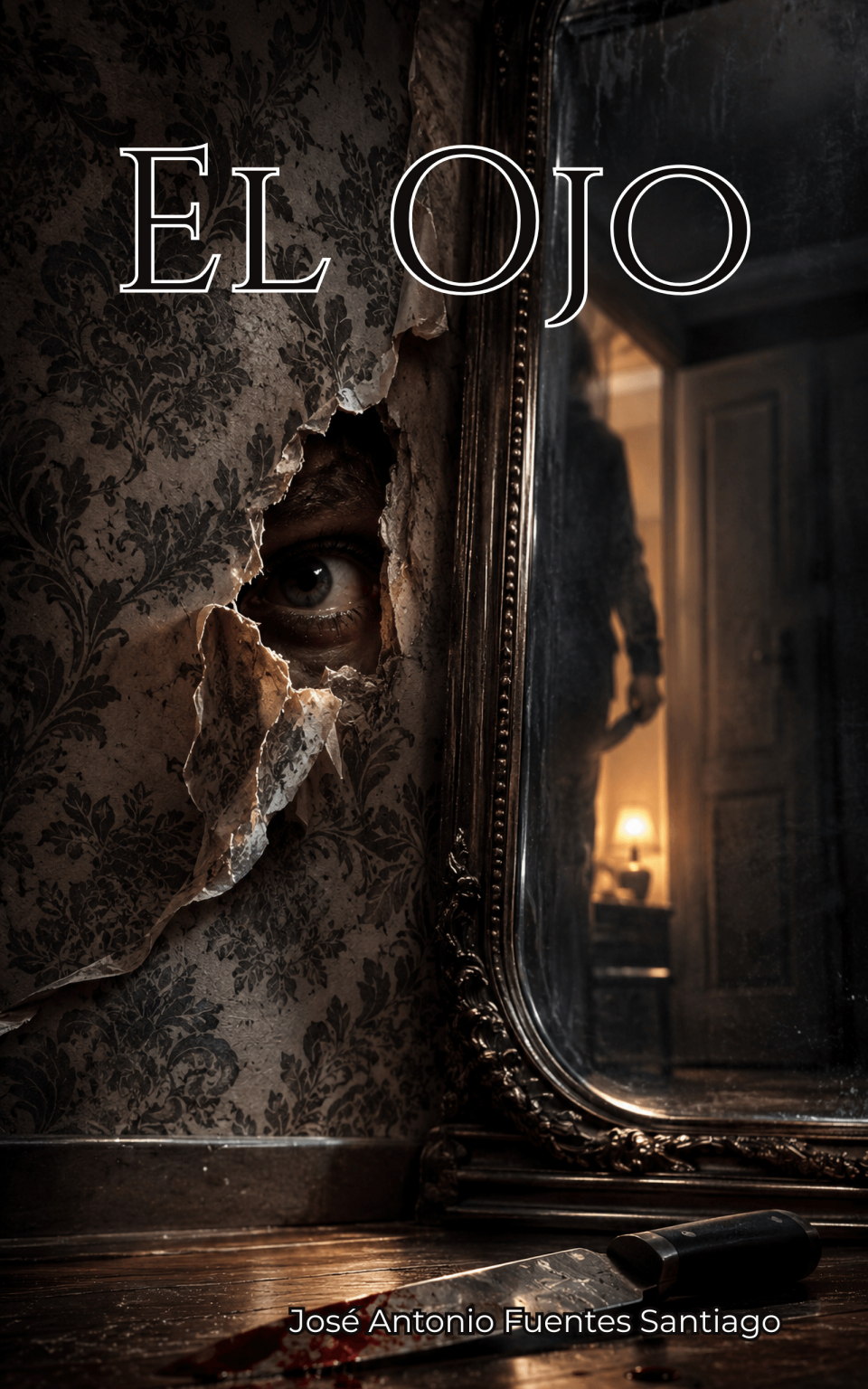
El Ojo



José Antonio Fuentes Santiago

El ojo

José Antonio Fuentes Santiago

22 de noviembre de 2026

El reloj de cuco intentaba realizar su trabajo, pero las agotadas pilas que lo alimentaban no tenían carga suficiente para que el alegre pajarito asomara a dar la hora. Sabía que era tarde, pues a través de la ventana se apreciaba el resplandor rojizo de las nubes mientras el sol respiraba sus últimos momentos.

Continué leyendo, entretenido, un viejo libro de aventuras que me hacía desconectar de una realidad anodina y repetitiva.

Ignoré el primer golpe. Vivía en una vieja casa y era normal escuchar golpes y crujidos a todas horas. El segundo ya me preocupó. Era demasiado estruendoso para ser una pared asentándose. Pero lo que más me inquietó fue la voz. Sonó al otro lado de la pared, en mi dormitorio. Lentamente dejé el libro sobre el sofá y me acerqué despacio a la habitación. En una esquina, una sombra acechaba inmóvil. Encendí la luz y la sombra resultó ser únicamente un efecto óptico provocado por el flexo del escritorio.

No había nadie, tampoco en el baño ni en la cocina. Me asomé a la calle, aunque sabía que la voz no venía del exterior: la había escuchado dentro de la casa.

Intranquilo, volví a tumbarme en el sofá, retomando la lectura mientras repartía mi

atención entre las letras y mi entorno.

Finalmente, pasada una hora, comencé a preparar la cena. En mis continuos ires y venires para preparar la mesa del salón, observé una pequeña cavidad en la pared de enfrente. Un minuto antes no estaba allí.

Probé a acercarme y mirar. No se veía absolutamente nada y lo peor era que daba la sensación de estar atisbando la entrada al vacío mismo. Rápidamente fui a mi habitación para ver el otro lado de la pared. Ahí no había nada. Pensé que al día siguiente me tocaría repararla y continué ajeno a la grieta.

Mientras cenaba, volví a escuchar golpes y jadeos que poco a poco aumentaban en intensidad. Una serie de lentos pasos venían del otro lado de la pared. Agarré el cuchillo con el que, dos minutos antes, había cortado un trozo de pan y me acerqué de nuevo a mi habitación. Asomé la mano para encender la luz y salté sin pensármelo. Nada. Todo tranquilo.

Sin embargo, de fondo escuchaba un jadeo. Así que lentamente volví al comedor y noté una respiración inquieta cerca, que parecía provenir de la grieta en la pared. Me acerqué lentamente, pegado a la pared, y en el espejo de la pared opuesta observé que algo se movía al otro lado. Pasados unos segundos, un ojo que parecía

humano se asomó por la oquedad. Tomé aire y, sin pensarlo, acuchillé el lugar que ocupaba. De pronto, un horrible grito humano recorrió todas las estancias de la casa. Retiré de la grieta el cuchillo ensangrentado y me quedé inmóvil, sin comprender aún qué había pasado.

La pared tenía diez centímetros de grosor. ¿Cómo podía haber alguien al otro lado? ¿Podría ser un animal? No, lo que había escuchado era humano. Observé que el papel pintado se movía ligeramente y estaba desgarrado. Me armé de valor y tiré de él. Ante mí no había nada. Bueno, sí había algo: un extraño pasadizo que se perdía en el infinito.

Volví a la habitación. Ahí no había nada, ni grieta ni pasadizo. Con el cuchillo aún en la mano, entré en el pasadizo. Algo tiraba de mí para avanzar. De vez en cuando echaba la vista atrás y notaba cómo, con cada paso, el salón de mi casa se volvía ajeno a mis ojos. Había pequeñas diferencias que no podía describir, pero notaba que ya no era mi casa. Llegó un momento en el que no podía ver nada. Intenté girarme para volver a mi casa, pero no veía nada en ninguna dirección. Había desaparecido.

Continué caminando sin saber a dónde iba. Me iba apoyando en la pared que tenía a mi izquierda para poder guiarme. No sabía si

habían pasado minutos, horas o días. La oscuridad produce el extraño efecto de desorientarnos no solo espacial, sino también temporalmente.

De repente, me tropecé con algo que había en el suelo. Durante el traspié solté el cuchillo para intentar agarrarme a algo. El problema era que no podía ver dónde había caído.

Continué andando y me golpeé fuertemente con algo sólido. Parecía que la pared giraba bruscamente. Noté cómo un hilo de sangre salía de mi nariz a causa del golpe. Decidí moverme más despacio. Fue entonces cuando por fin pensé que necesitaba ayuda, así que grité con todas mis fuerzas: «¿Hay alguien? ¡Ayuda!». Permanecí en silencio, escuchando, pero no oí nada. El mismo vacío tanto en la visión como en lo audible.

Aquello no parecía tener fin. Cada vez estaba más nervioso, pensando que nunca podría encontrar una salida. Además, estaba comenzando a subir por lo que parecía una larga rampa.

Tras cientos de tortuosos pasos por la pendiente, observé un pequeño haz de luz que se colaba por una oquedad frente a mí. Me acerqué jadeando rápidamente y pude distinguir un pequeño agujero que daba a otra habitación.

Había algo familiar en aquella habitación, pero no sabría decir qué.

Mientras miraba por la oquedad, observé en un espejo el reflejo de alguien que se movía con un cuchillo en la mano hacia la grieta por la que me asomaba. Todo fue muy rápido. Iba a apartarme cuando un veloz movimiento provocó una terrible laceración en mi ojo. Grité de dolor mientras me echaba hacia atrás.

Caí de rodillas en la oscuridad, con la sangre empapándome los dedos. En ese momento comprendí quién había provocado los golpes y de quién era la voz que había escuchado en el tabique. Y ahí es cuando pensé: «¡No rompas el papel!».

El ojo

Primera edición, 2026

© 2026 José Antonio Fuentes Santiago. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, distribuida o adaptada, total o parcialmente, sin el permiso expreso del autor. Los datos de contacto para tal fin se encuentran en la dirección indicada más abajo.

Más información y contacto en https://jafs.es